

## LA LEY DE LA VIDA

*Una figura humana inmóvil sentada sobre una silla, aparece de perfil en el escenario. La escasa luz no permite visualizar sus contornos. Suena un timbre repetidas veces.*

*Por un costado hace su aparición un Hombre que se detiene al percibir la figura humana en penumbras.*

HOMBRE: Quisiera decirle algunas cosas antes de marcharme.

Me parece justo que hablemos ahora...

Voz: *(De la figura de perfil inmóvil en penumbra.):* ¿Para qué?

HOMBRE: ¿Cómo?

Voz: ¿Ahora?

HOMBRE: Me parece justo que hablemos ahora.

Voz: ¿Para quién?

HOMBRE: ¿Cómo?

Voz: ¿Ahora?

*(Suena el timbre.)*

HOMBRE: El tiempo es poco, digo no nos queda mucho tiempo... por delante, ni siquiera ya para largas explicaciones ni caminatas, es probable incluso que no nos veamos por un tiempo... largo, o tal vez... es probable que no nos veamos nunca más... seamos francos... Usted no está bien de sa-

lud (*Timbre. El hombre mira hacia la puerta.*) y yo... vaya a saber dónde estaré en todo ese tiempo... en este largo tiempo.

*(Pausa.)*

Usted no se cuida lo suficiente, no toma los remedios, no se baña todos los días como le recomendaron los médicos, tampoco tengo la seguridad de que se alimente bien, sin la ayuda de nadie... seamos razonables, Usted no está en condiciones de vivir solo, apenas puede sostenerse, dar algunos tumbos y volver a caer... qué seguridad puedo tener que en su soledad y teniendo alguna caída accidental, como a toda persona de su edad puede ocurrirle, pueda Usted volver a incorporarse a medias, levantarse y echar a correr si así lo deseara...

*(Timbre.)*

Salir al jardín, tomar sol, en fin, lo que toda persona normal tuviese deseos de realizar. Si Usted en algún momento los tuviera...

Voz: Dando tumbos y caer eso sí es gracioso dando vueltas siempre girando sobre uno mismo de aquí a la eternidad (*Tose.*) las palabras redondeándose siempre y los verbos en el límite del lenguaje como explosivos que puedan estallar en cualquier momento.

HOMBRE: *(Pausa.)* Usted no está bien, debe ajustarse a los horarios precisos de sus remedios.

Voz: ¿Cómo?

HOMBRE: Digo que debe tomar los remedios...

*(Se oye un ruido sordo. La figura humana en penumbras ha caído de la silla al suelo.)*

No es tampoco momento de discusiones estériles, de establecer nuestras diferencias, que nunca han sido tantas por otra parte...

Voz: Vuelvo a sentarme en mi lugar.

HOMBRE: Admiro su fortaleza, siempre la admiré, pero tampoco debiéramos fiarnos demasiado...

Voz: Creíste que no me levantaría. Lo adivino. Un ligero temblor en tu voz denotó tu intranquilidad, tu molestia por mi rápida recuperación...

HOMBRE: Padre...

Voz: *(Sin escucharlo.)* A veces se necesita algo muy concreto, algo miserablemente concreto que pueda echar a luz las turbulencias, esas horribles turbulencias que sólo azotan a los hombres que se saben cobardes.

HOMBRE: Debería tomar más recaudos, no se le pide demasiado, que se organice o por lo menos que intente organizarse mejor.

Voz: Los conozco por el olor. Un negro envalentonado, de un metro ochenta de estatura que se llevaba al mundo por delante por lo menos hasta ese bendito día.

Se acercó a la mesa de billar donde yo estaba jugando... *(Timbre.)* ¿Por qué no abris la puerta de una buena vez? *(El hombre se acerca hacia la puerta y se detiene brusca-mente.)*

Estaba en posición de pegarle con el taco a la bola de billar y se acercó por detrás y me tocó el culo en el preciso momento en que iba a lanzar la carambola. Pegué un salto y lancé un grito.

Todo el café se rió a carcajadas. Abandoné el partido. La tocada de culo fue suave, pero el estado de concentración fue lo que motivó la intensidad de mi desborde.

El partido se suspendió. Yo no quise continuar... el negro se me acercó riendo y me palmeó la cabeza mientras me decía: ¿te gustó la tocadita pibe? Hubo entonces una larga reanudación de carcajadas.

Me acerqué al bar y pedí un café, el negro entonces le dijo al mozo que me diera té de tilo para tranquilizarme. Yo no miraba a nadie, pero me sorprendió que Mito fuese uno de los que reía con más ganas. El mozo me sirvió el té de tilo y me lo tomé... *(Timbre.)* ante otra carcajada general. Yo miraba sólo a la taza, fueron largos minutos. Hubiera querido levantarme y salir corriendo. Pero pensaba que la distancia que tenía que recorrer para llegar a la puerta

era demasiado extensa y en el recorrido me iba a hacer demasiado visible para todos.

Tenía la sensación de que si me concentraba y miraba la taza pasaría inadvertido.

Quedé paralizado como se quedan los animales cuando entran en pánico. No sé cuánto tiempo pasó, pero debe haber sido mucho. Comencé a percibir que las voces acallaban y tuve la sensación de que el café se iba quedando vacío.

No me animaba a mirar hacia atrás porque temía encontrarme con la mirada burlona de alguno de los muchachos.

*(Timbre. El Hombre vuelve a mirar la puerta pero no se mueve.)*

HOMBRE: Cuídese, no olvide de cuidarse padre, por favor.

Voz: De golpe el mozo se acercó y me dijo: voy a tener que cerrar. Ya se fueron todos. No le des pelota al negro ése y vení mañana a jugar el partido. Acá no ha pasado nada, y me alcanzó un papel doblado en cuatro que decía: Te llamo al mediodía. Mito.

Cuando atravesé la puerta del bar, la calle estaba vacía y al dar vuelta la esquina lo vi al negro despidiéndose de una mina. De repente me vio y se me acercó. ¿Qué hacés pibe? Tenía los dientes blancos o por lo menos yo los vi más blancos que nunca. ¿Querés que te acompañe unas cuabras? Y sin pensarlo, casi automáticamente le dije que sí, como si hubiera adivinado en un instante la precipitación de los acontecimientos que se avecinaban.

El negro me hacía bromas que yo ya no podía entender. La intensidad de la caminata de los dos en la noche me hacía imposible entender lo que me decía. Sólo escuchaba el ritmo de nuestros pasos en la soledad de la noche. Tampoco sabía hacia dónde caminaba. No me daba cuenta quién era el que guiaba en la ruta. Lo que recuerdo es que llegamos a un lugar muy solitario, una especie de descampado. No había nadie a nuestro alrededor y yo me detuve bruscamente. ¿Qué te pasa pibe, me tenés miedo?

Eso sí lo recuerdo porque me lo dijo mirándome de frente y sus palabras resonaron en el silencio del descampado. Sé que hubo una pausa en la que el negro esperaba mi réplica y yo esperaba que él continuara hablando.

Fue una pausa larga, en la cual recordé una frase que había leído en una novela de Horacio Quiroga que decía que los bravucones son guapos en público pero se asustan en la soledad.

Todo duró un instante: yo veía la cara del negro riéndose y simultáneamente se me aparecía la frase de la novela, y entonces en forma casi automática le dije: no hay nadie. Cómo, dijo el negro, digo que no hay nadie, estamos los dos solos le dije, claro dijo el negro, estamos los dos solos pero dejó de sonreír como si mis palabras o el modo de mirarlo lo hubieran sorprendido.

Lo seguí mirando fijo mientras iba adquiriendo una misteriosa y fluida seguridad ante el desconcierto paulatino del negro. Me pareció vislumbrar que empezaba a tener miedo y a cumplir el destino trágico de los bravucones descriptos por Quiroga.

Mi seguridad iba en aumento en la medida en que el negro se desencajaba y le dije entonces la frase de la novela tal cual la recordaba en ese instante: estás asustado porque los bravucones como vos cuando no tienen público se cagan de miedo y ahora estamos solos los dos con nuestros cuerpos...

Le pegué en la boca y le hice sangrar el labio. Se quedó lívido y entonces aproveché para pegarle una patada feroz en los huevos. El negro se dobló y yo le seguí pegando hasta hartarme... fueron muchísimas trompadas y patadas, de eso me acuerdo, porque me dolían los pies y las manos de tanto pegarle no se defendía ni gritaba lloraba sólo lloraba mientras yo le seguía pegando ahora mañana hijo de puta vas a volver al café con la jeta partida le vas a contar a los muchachos la paliza que te di y te vas a quedar a ver todo el partido, si no querés que te dé otra paliza peor y ahora rajá de mi vista y le pegué otra patada en los

huevos que lo hizo doblar más que nunca... y se fue corriendo... como un perro apaleado entre los matorrales.

*(Suenan varios timbres seguidos.)*

Se nace cobarde, unos nacen cobardes, y otros nacen valientes, así de fácil.

También se nace mariquita, unos nacen machos y otros nacen mariquitas, a los mariquitas cobardes les gusta jugar a las muñequitas con los amigos, se encierran en los baños y se tocan entre las piernas. Es la ley de la vida.

*(Timbre.)*

HOMBRE: Queda poco tiempo padre.

VOZ: Y se juntan y se disfrazan de mujercitas, se pintan los labios y se besan en la boca, y los más desvergonzados usan las bombachas que les roban a las hermanas o a las madres, ante la vergüenza de los padres que tienen que soportar ese infierno en su propia casa. Nada es más horroroso para un padre que tener un hijo mariquita.

HOMBRE: Tal vez yo pudiera llamar de vez en cuando para ver cómo está y preguntar si necesita alguna cosa yo le voy a dejar un dinero que Usted semanalmente puede disponer para que le traigan los alimentos. Llama por teléfono y le traerán aquí todo lo necesario.

*(Timbre.)*

VOZ: ¡Por qué no atendés la puerta de una buena vez! ¡Cuando te vayas, los vecinos se las van a agarrar conmigo! ¡El que se queda soy yo!

HOMBRE: Es que si atiendo no podremos seguir hablando. Yo le dejaré el dinero mensualmente en la cuenta del banco y Usted tendrá nada más que hacer el cheque.

VOZ: El dinero de los mariquitas es dinero sucio y mal ganado no como el poco que pude obtener en mi vida, trabajando decentemente todos los días.

El dinero de los mariquitas es dinero obtenido en los baños. ¿Sabés cómo lo hacen?, generalmente algún viejo se

acerca al orinal y espera la llegada de un joven que por buena cantidad de dinero le desabrocha la bragueta y lo masturba. Dicen que algunos han ganado mucha plata explotando viejos en los baños.

HOMBRE: Le pongo el dinero en su cuenta y le dejo mis cheques firmados para que Usted le ponga la cifra que quiera. De las expensas y el alquiler me voy a ocupar yo. Usted sólo firma los cheques para los gastos de la casa.

Voz: Ahora están asustados por el SIDA pero me han dicho que igual se las arreglan estos jovencitos para explotar a los pobres viejos. La ley de la vida.

*(Timbre persistente.)*

HOMBRE: Quiero decirle padre que a pesar de todas nuestras diferencias Usted ha sido muy bueno conmigo, no quiero dejar de decírselo hoy porque nunca se lo pude decir por muchas circunstancias y ésta puede ser la última oportunidad. Yo lo quiero a Usted mucho padre. Sé que hubo muchas cosas entre nosotros que no han sido fáciles ni para Usted ni para mí y no me refiero a su historia personal con mamá y otras historias tuyas paralelas me estoy refiriendo a su humanidad, a la enorme ternura que Usted pudo brindarme desde el fallecimiento de mamá. No crea que no reparé que Usted tuvo que tomar el papel de ella en función de mi corta edad, yo jamás padre podré olvidar todos los sacrificios que Usted tuvo que hacer para mi educación, Usted y Mito a quien lamento no haber podido encontrar esta noche... son tantas las cosas que le diría padre... pero sólo una quiero que sepa... que pese a que la vida a veces nos ha desencontrado yo lo quiero mucho y lo querré siempre nunca lo olvidaré esté donde esté porque Usted fue muy bueno siempre conmigo jamás podré olvidar la ternura que Usted y Mito me dieron en mi infancia y por qué no decirlo, siempre siempre que lo necesité allí estuvo Usted a mi lado *(Timbre.)*

Me voy padre, me siento bien ahora después de haber podido decirle cuánto lo quiero, espero me comprenda y

cuidese mucho con los remedios, no se olvide de tomarlos  
Yo lo voy a llamar desde donde pueda... Adiós padre. Lo  
quiero mucho.

*(Abre la puerta y sale... la puerta se cierra bruscamente.  
Se sienten golpes. De golpe la puerta se vuelve a abrir y el  
cuerpo del hombre cae ensangrentado arrojado desde afuera.  
Una luz aparece ahora sobre la figura de la Voz cuya silue-  
ta no está ahora de perfil sino de frente. Se hace visible un  
hombre con peluca rubia, bombacha, corpiño y labios pin-  
tados. Tiene entre sus manos agujas con las que teje una  
bufanda)<sup>1</sup>*

Voz: *(Mirando al cuerpo exhausto del Hombre.) ¡Es la ley de la  
vida!*

FIN

<sup>1</sup> También pudiera aparecer sin peluca y con un vestido femenino largo que cubriera sus piernas y zapatos masculinos.